

Relaciones conflictivas entre la Iglesia y la sociedad en Colombia: El motín popular contra el arzobispo de Cartagena en 1910.

Relations between church and conflict society in Colombia: The people against the Archbishop motin Cartagena in 1910.

Jairo Álvarez Jiménez¹

Universidad de Cartagena, Colombia.
jairoalvarezjimenez@gmail.com

Resumen

En diciembre de 1910, en Cartagena, ciudad-puerto importante del norte colombiano, se llevaron a cabo una serie de motines durante tres días que condujeron finalmente a la expulsión del arzobispo local, por su decisión de vender las propiedades de la iglesia a una compañía norteamericana. En este artículo se estudia la protesta con el fin de entender las relaciones conflictivas que se presentaban entre la sociedad, los entes políticos y la Iglesia Católica como institución en la Costa Caribe colombiana. Para entender este levantamiento popular se plantea que a los sentimientos anti-imperialistas que afloraron en medio de las manifestaciones, debemos agregarle las posturas críticas que existían en la sociedad local frente al poderío económico y político del clero; así como la concepción que se tenía en la región sobre la religión, dadas las características libertarias y de irreverencia que imperaban, en medio de una comunidad signada históricamente por la diversidad cultural y por las frecuentes acciones fuera de la institucionalidad.

Palabras claves: Iglesia, protesta, sociedad.

Abstract

In December 1910, in Cartagena, important port city in northern Colombia, were carried out a series of riots for three days that eventually led to the expulsion of the local archbishop, by his decision to sell the church property to a company U. S.. This article studies the protest in order to understand the conflicting relationships between the company had, political authorities and the Catholic Church as an institution in the Caribbean Coast. To understand this popular uprising is proposed that the anti-imperialist sentiments that surfaced amid the demonstrations, we add the critical positions that existed in the local society against economic and political power of the clergy, as well as the concept we had in the region of religion, given the nature and irreverence libertarian prevailing in the midst of a community historically marked by cultural diversity and the frequent actions outside of institutions.

Key Words: Church, protest, society.

Introducción

En Colombia, quien revise y observe desprevenidamente el recorrido histórico de Cartagena o la organización arquitectónica heredada por esta desde la Colonia, con su centro atiborrado de templos, capillas y edificaciones eclesiásticas, que antiguamente servían como conventos, claustros, seminarios o monasterios, todos dedicados al culto religioso, que seguramente relacionará el pasado de la ciudad con el predominio imperante de la Iglesia Católica y el poder hegemónico del clero que estaba a su disposición². La idea que seguramente se creará y que, en cierta forma, ha sido heredada por todos gracias a que las últimas generaciones crecieron en el marco de la normatividad y las estructuras mentales montadas en Colombia desde 1886, será aquella que representa al sacerdote como guía espiritual, moral y cultural ante el feligrés sumiso y obediente que escucha y acata ciegamente los consejos, las órdenes y las determinaciones impuestas por el indiscutido jerarca religioso.

En el espacio que sigue se intenta demostrar que esa imagen generalmente construida en nuestras comunidades, y que solamente tendió a abandonarse institucionalmente a raíz de la aparición de la constitución laica de 1991, representa una visión incompleta de la cultura religiosa y política de los habitantes del Caribe colombiano, porque se dejan de lado las situaciones de desencuentros, de irreverencias y de conflictos que se presentaban alrededor de las relaciones sociales y cotidianas agenciadas entre los miembros del clero católico y el resto de la sociedad (Posada 1987; Márquez 1993; Jaramillo 1996; Álvarez 2009; Álvarez 2010). Aquí se quiere llamar la atención y se busca comprobar que esa idea tradicionalmente manejada, en la que se asimilaba a la Iglesia Católica con un poder incuestionable y a los sacerdotes como los personajes que pronunciaban la última voz en materia de las determinaciones que tuvieran que ver con la vida de las gentes, debe ser matizada o enriquecida de acuerdo al prisma y a la realidad diversa que siempre arroja el análisis abierto de los procesos históricos. Para cumplir con ese objetivo se presenta un estudio sobre la protesta social que se generó en Cartagena en diciembre de 1910 contra el arzobispo local Pedro Adán Brioschi, a raíz de su intención de traspasar a una compañía de los Estados Unidos gran parte de las propiedades inmuebles que la Iglesia poseía en Cartagena. Se plantea que a pesar de que este motín puede ser interpretado como una manifestación de anti-imperialismo y de rechazo hacia la posible ingerencia del estado norteamericano en la ciudad, sirve como marco de referencia para verificar que la actitud religiosa y la relación de la sociedad cartagenera con el clero, estaba distante del control hegemónico e incondicional que aparentaba y perseguía tener la Iglesia para conseguir su objetivo de influir en las expectativas, las expresiones, los comportamientos y las acciones de las gentes.

El tema central es, entonces, el tipo de relación que existía entre la iglesia y la sociedad cartagenera, así como la actitud que asumía esta última frente a la institución eclesiástica. Por ello hacemos énfasis en estos elementos para la interpretación de la protesta. En ese sentido el concepto clave para comprender de una forma más acertada la manifestación que se levantó en contra de la máxima autoridad del clero en la ciudad es el de *anticlericalismo*³, elemento que identificó gran parte de los debates ideológicos y las propuestas políticas implantadas por la dirigencia liberal colombiana durante todo el siglo XIX (Cruz 1997). Y sin duda alguna, este mismo concepto debe ser insertado en las interpretaciones y caracterizaciones que se le hacen a la cultura política liberal en Cartagena, dado que las particularidades que identificaban a la ciudad enfatizaban y permitían mayores posibilidades para la aplicación de este discurso. Por ejemplo, el elemento religioso entre sus habitantes siempre estuvo matizado por un aire de tolerancia y

favorecido por fenómenos como la temprana penetración de las ideas liberales, el carácter portuario de la ciudad, su identidad negra y mulata, su disposición hacia la irreverencia y la trasgresión, y la influencia que desde siempre tuvo la masonería en la localidad⁴ (Carnicelli 1975).

Metodológicamente hemos recurrido a la prensa liberal y conservadora de la época como fuente principal para la revisión de los hechos, ya que esta es útil no solo para la reconstrucción de los acontecimientos sino para la comprensión de los mismos, porque en ella se pueden encontrar enfrentadas opiniones y percepciones, teniendo en cuenta que cada hoja periódica servía a lineamientos políticos e ideologías específicas. Durante el siglo XIX y comienzos del XX la prensa tenía un papel más de carácter doctrinal e ideológico que noticioso. En este contexto los periódicos editados perseguían como fin central la educación de los ciudadanos para transformar las mentalidades de estos (Guerra 1992), por lo cual se recurría, muchas veces, a la utilización de un lenguaje cargado de adjetivaciones que buscaba estigmatizar o atacar al adversario político en el intento de moldear los comportamientos y opiniones de sus lectores frente a su antagonista. Los editores de los periódicos de esta época echaron mano de acciones, imágenes, símbolos y lenguajes tendientes a influir en la sensibilidad de aquellos que lo leían; así que esta prensa, más que informar sobre acontecimientos, se orientaban hacia objetivos y temas específicos como por ejemplo la defensa de una candidatura política, el rechazo o apoyo a la religión y a la iglesia, la posición que adoptaban frente al papel de la instrucción pública y, en fin, la opinión que tenían sobre los distintos aspectos del estado (Santos 2002:85-89). Para demostrar que la protesta se llevó a cabo a partir de un consenso generalizado en la ciudad, se acude a los contenidos de la prensa partidista de origen liberal y conservador, y a varios de los periódicos que editaban los artesanos, el sector popular de mayor importancia política y social entre el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Sin embargo, en el interés de captar las posiciones oficiales de la Iglesia, nos valemos, también, de las pastorales, las disposiciones eclesiásticas y de ciertas publicaciones contemporáneas del clero local.

En el artículo inicialmente contextualizamos las relaciones que se presentaban a nivel nacional entre el Estado colombiano y la Iglesia Católica, para entender las preocupaciones que se originaban al interior de la institución eclesiástica, a raíz de la nueva orientación que le daba el gobierno de Carlos E. Restrepo al tema religioso. Enseguida se presenta una caracterización general sobre la sociedad cartagenera y el Caribe colombiano, tomando en cuenta las particularidades que la han estructurado históricamente, especialmente respecto al tema religioso. En ese sentido, se acude, después, al estudio de las acciones y determinaciones del arzobispo Brioschi, en el interés de comprender que las actitudes y posturas discursivas de éste iban en contravía de la tradicional visión que tenía la sociedad local respecto a las autoridades espirituales. Por último, rastreamos las características de la protesta y las opiniones que se generaron en los periódicos locales en medio de la agitación política y social que vivió la ciudad durante tres días.

1. Iglesia y política en Colombia hacia 1910

La Iglesia Católica colombiana vivió dos épocas distintas que marcaron severamente la historia de esta institución. La primera se puede denominar de *Anticlericalismo institucional* y se ubica entre los años que van desde 1848 a 1878. Este fue un período que se caracterizó por las persecuciones constantes hacia la institución eclesiástica por parte de los gobiernos y políticos liberales, que buscaban disminuir su poder en la sociedad y en el Estado con medidas de tipo moderno como la separación de la iglesia y el poder civil, la libertad de cultos, la

desamortización de bienes de manos muertas, la institución del matrimonio civil obligatorio, la expulsión de los jesuitas, la disolución de las ordenes religiosas regulares, el nombramiento de los párrocos por parte del gobierno, la aplicación del divorcio y la tuición o suprema inspección de cultos en Colombia (Álvarez 2009:66-67).

En el marco de la Regeneración y de Hegemonía conservadora, y más específicamente cuando entran en vigencia la Constitución de 1886 y el Concordato del año siguiente, la estructura del Estado colombiano da un vuelco que sepulta definitivamente las bases montadas en medio de los consecutivos gobiernos liberales; y la iglesia va a ser la institución mas favorecida, gracias a la apelación que a ella hacen los regeneradores para el logro de sus políticas. Así se convierte Colombia, entonces, en un *Estado proclerical*, a través de reformas como declarar la religión católica de tipo oficial, instituir el matrimonio católico y declarar a la iglesia como la institución encargada de conducir la educación y vigilar los valores morales de todo el conjunto de la sociedad, con la potestad de perseguir al que se alejara de su pensamiento (González, 1997). Es en este periodo (1886-1930) en donde se consolida en Colombia un poder autocrático controlado por el partido conservador y la iglesia católica; solidificándose así el poder cultural y simbólico del clero y la intolerancia política respecto a las ideologías modernas, porque la institución no solo se ocupa del sector educativo sino también de las organizaciones sociales, la prensa y la difusión del pensamiento (Vega 1998:21, 30). Esto trajo como consecuencia que el clero se mostrara intolerante con las ideologías liberales, y buscara vengarse de los vinculados, desde entonces, con el ateísmo y el anticatolicismo. La intransigencia con la que se habían visto tratados los eclesiásticos en el periodo radical, al ver negado sus derechos como hombres y ciudadanos, ahora estaba dirigida desde el clero hacia los partidarios del liberalismo (Cortés 1998). Desde el punto de vista institucional en Colombia se presentaba un proceso totalmente diferente a lo ocurrido en el resto de Latinoamérica; ya que la mayoría de estos países lograron separar la fuerza influyente de la iglesia católica de las funciones del poder civil, después de un período en el que esta estuvo presente en los inicios de la configuración de los nuevos estados naciones (Lynch 1991). Por ejemplo, la generación liberal que llegó al poder en Argentina hacia los años ochenta del siglo XIX, buscó establecer una relación entre religión y nación fundamentada en la libertad de cultos y en la existencia de una democracia pluralista en cuestiones religiosas, y en cuanto al tema de la iglesia y el estado esa misma generación liberal encaminó una política dirigida a contener la autonomía del poder eclesiástico y a eliminar su capacidad de condicionar o determinar la acción de las autoridades civiles (Zanatta 2000:158-159). En Chile el problema religioso se resolvió cuando a la llegada al poder de los liberales, la iglesia católica se introdujo dentro de este mismo orden liberal en construcción, utilizando los instrumentos y los derechos que se les permitía para negociar a través de asociaciones de tipo moderno que siguieron luchando por su hegemonía en la sociedad, pero que aceptaron la pluralidad que ya caracterizaba a esta (Serrano 2000:121-154 y Serrano 2008).

Pero luego de la etapa más confesional en Colombia, que se había consolidado desde 1886, a fines del quinquenio de Rafael Reyes (1904 – 1909), cuando el general conservador intentaba consolidar un régimen personalista y dictatorial, se presentó en el país un clima de oposición a su gobierno, y uno de los resultados de esta fue la coalición de importantes políticos liberales y conservadores para conformar la Unión Republicana, considerado como el primer experimento concreto para montar un tercer partido en Colombia en los inicios del siglo XX (Medina 1989). Este nuevo grupo político llevaría a la presidencia al conservador Carlos E. Restrepo, quien dio cabida en su gobierno al partido liberal y recibió un país que ya había realizado la primera reforma importante a la Constitución de 1886 durante el año presidencial de Ramón González Valencia. Con Restrepo en el poder se continúa una especie de pausa, que venía

desde Reyes, al dominio excluyente que traían los conservadores desde años atrás. Restrepo ayudaría durante su mandato (1910 – 1914) a establecer en Colombia unas instituciones mucho más democráticas y menos conservadoras. La Asamblea Constituyente de 1910, había adoptado reformas importantes como la abolición de la pena de muerte, la instauración de una ley de minorías que garantizaba la representación del partido electoralmente minoritario, y la elección directa del presidente de la república. Aunque en esto último se conservaba la exigencia de saber leer y escribir y la de poseer determinado patrimonio para votar, se contribuiría de todas formas a una modernización democrática que dejaba mayores espacios y mejores garantías a los derechos del pueblo (Medina 1984).

Los republicanos se dedicaron a reformar el sistema político nacional, evadiendo el fraude electoral y abogando por la tolerancia y por una vigencia efectiva de los derechos básicos de la democracia. Sin embargo, al gobierno de Restrepo se opuso el ala más radical del partido conservador y los representantes más influyentes de la Iglesia Católica. El clero, con la tradicional intransigencia que había adoptado desde los gobiernos regeneradores, no compartió la política bipartidista de Restrepo y se manifestó en claro desacuerdo con la participación de liberales en el gobierno. Dicha postura se reafirmaría cuando al ser recién designado Restrepo como presidente, confesó ser católico, pero que “como jefe civil del Estado no podría erigirse en pontífice de ningún credo, sino que sería el guardián de la libertad de las creencias de todos los colombianos” (González 1989:362). Estas palabras fueron desaprobadas por la alta jerarquía católica y levantó un manto de duda y de prevención hacia las políticas que en cuestiones religiosas pudiera establecer el nuevo gobernante republicano. El que Restrepo no adoptara una posición clara de protección institucional a los dirigentes del clero católico, como había sido la norma general desde que entró en vigencia la Constitución de 1886 y el Concordato del año siguiente, despertó las alarmas de los más intransigentes e influyentes obispos y arzobispos del país. Además, el rechazo a Restrepo por parte de la cúpula de la Iglesia representaba el temor a una nueva época en la que los ideales liberales y modernos eran vistos por la institución como contrarios a la doctrina católica.

En el fondo de este asunto estaba el aparente rompimiento de la alianza establecida, desde la Regeneración, entre la Iglesia y el partido conservador, que sirvió para que ambas instituciones recogieran altos dividendos políticos. La Iglesia, al unirse a los conservadores, se libró y se sobrepuso de las políticas anticlericales instauradas durante el Olimpo radical, por medio de aspectos como el control sobre la educación y la declaración de la religión católica como la oficial del país. Con ello pudo obtener un conjunto de privilegios que hicieron poderosa desde el punto de vista político, social y económico, a la institución encargada de velar por los asuntos sagrados y las cuestiones espirituales. Y el partido conservador, desde entonces, contó con los sacerdotes, las pastorales y las iglesias como agenciadores centrales en sus campañas políticas y electorales, siendo ayudados por el discurso oficial católico para que los colombianos vieran en ellos a los legítimos protectores de la religión y furibundos creyentes en Dios. Esta era la mejor estrategia de los conservadores para perpetuarse en el poder y mantener a raya a los liberales, ya que con todo esto le seguían reservando los desprestigiados calificativos de ateos, anticatólicos o, en su defecto, anticlericales, a los miembros y seguidores del liberalismo.

Este marco histórico de estrecha relación entre Iglesia y conservadores puede explicar la actitud de la jerarquía católica frente a la participación de liberales en el gobierno de Carlos E. Restrepo. Lo que exteriorizaban con esto era un temor aparente a que regresaran las políticas de persecución sobre sus propiedades materiales, al estilo del anticlerical Tomás Cipriano de Mosquera (González 1997). Es decir, el posible ataque a sus privilegios los lleva a adoptar una postura intransigente frente a los liberales y a tomar decisiones que aparentemente

salvaguardaban sus bienes de las manos amenazantes del Estado. En este supuesto escenario de peligro se escudaban las decisiones personales del obispo de Cartagena, en diciembre de 1910, al proceder furtivamente a asegurar las propiedades de la Iglesia cediéndolas a una compañía norteamericana. Sin embargo, las reacciones originadas en la opinión pública mostrarían claramente una postura de rechazo a dicha determinación arzobispal.

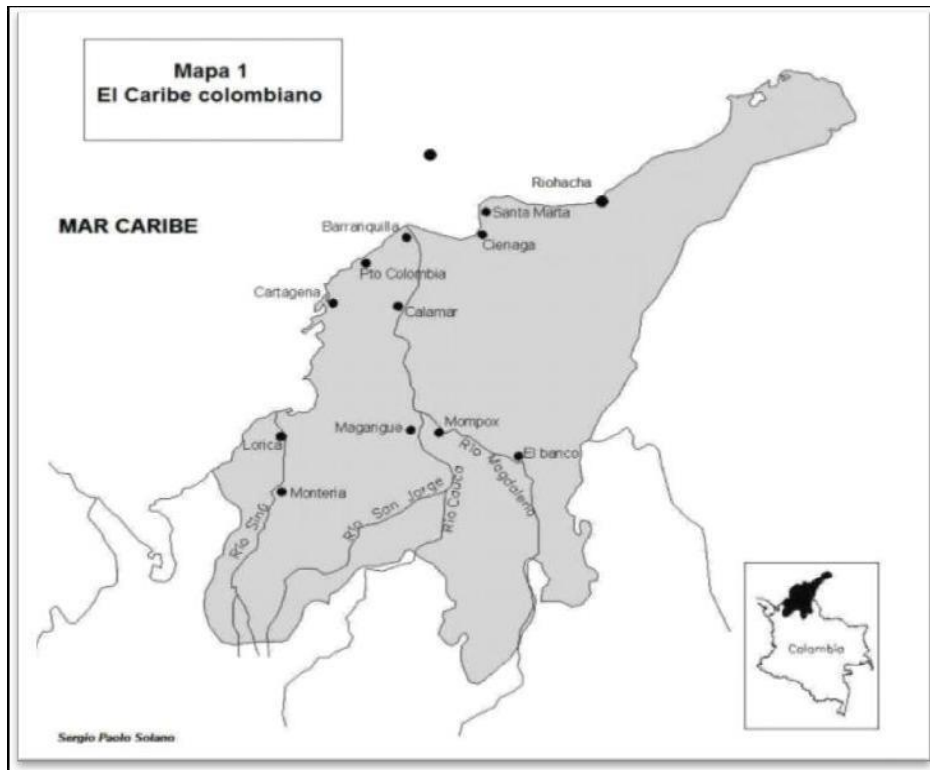
2. El arzobispo de Cartagena y el motín popular

El Caribe colombiano, del que hacía parte la histórica ciudad de Cartagena, estaba dividido políticamente en la organización departamental creada desde 1886. Los habitantes de esta región del norte colombiano compartían numerosas características comunes en su población, la economía y la cultura (Ver Mapa⁵). Poblacionalmente eran una copiosa mezcla racial en la que habitaban negros, mulatos, indios y mestizos. Tradicionalmente en la región se habían evidenciado ciertas características como la precariedad de la vida institucional y de los mecanismos de control social ensayados por las elites, la iglesia y el Estado durante la colonia y la república; así como un intenso proceso de mestizaje que permitió el desarrollo de un orden social alterno al construido desde arriba (Herrera, 2007). Efectivamente, desde los albores de la República habían surgido una serie de identidades culturales, políticas y sociales que hacían sentir a los costeños como miembros de un escenario geográfico común que los diferenciaba del interior del país. Si revisamos los elementos religiosos dentro del Caribe colombiano, debemos tener en cuenta un aspecto esencial que signó con cierta particularidad la espiritualidad en la región; nos referimos al sincretismo religioso que primó en esta sociedad. Por un lado, el paganismo indígena se resistió a ser cambiado totalmente por los rituales católicos. Hasta en las zonas de mayor presencia de la Iglesia en el Caribe, la cristianización no fue fácil durante la Colonia. La creencia de los indios en la doctrina cristiana fue, a menudo, formalista porque bajo el aparente acatamiento católico había un fondo de paganismo. Después de asistir a la misa, el pueblo participaba en celebraciones con cantos y danzas, bebiendo como lo habían hecho sus antepasados durante generaciones. En esto contribuía el hecho de que, en algunos lugares las iglesias cristianas se levantaron en los mismos sitios en que los nativos habían adorado a sus dioses; y las fiestas católicas se organizaron frecuentemente en las mismas fechas de los antiguos festivales indígenas, por lo que a pesar de ser forzados a abandonar su antigua religión, el indio conservó a menudo las prácticas que eran importantes para él. Se apropiaba del mensaje que le predicaban los sacerdotes católicos, pero entendiéndolo a su manera y de acuerdo con su forma de interpretar el mundo (Haddox, 1965: 88-89). Estas prácticas trasgresoras y alejadas del objetivo moral y social de los colonizadores también fueron desarrolladas por la población negra introducida a América en condición de esclavos, y que trajeron consigo su *ethos* cultural cargado de ritualidades, simbologías, ceremoniales y concepciones religiosas marcadamente distantes del corpus sagrado y doctrinal defendido por la Iglesia Católica. La introducción de la esclavitud traería un elemento adicional a la estratificación social y religiosa de la sociedad colonial, pero la evangelización de los negros fue menos intensiva que la de los indígenas; por ello, su religiosidad conservó muchos elementos de sus religiones primitivas (González 1997:76).

Cartagena había sido una ciudad central en medio del dominio colonial español, pues cumplió un papel determinante al ser la llave que servía para defender militarmente las colonias en el sur del continente americano y, a la vez, sirvió de puerto determinante en el comercio intercolonial y metropolitano. Además, durante el proceso de independencia nacional abanderaría, de la mano de sus sectores negros, mulatos y de sus elites locales, un proceso que llevaría posteriormente al inicio de la construcción del Estado nación colombiano (Múnera,

1998). Desde la colonia, al puerto de Cartagena arribaban por vía del mar las provisiones diarias y las materias primas para artesanos y talleres. Pero el puerto, a la vez, era el espacio donde desembocaba y se reproducía el espíritu trasgresor que mediatizaba las relaciones entre los grupos sociales y entre estos y las instituciones; y como lugar de confluencia de personas de diversa procedencia, esta cultura portuaria siempre estuvo abierta a la posibilidad de asimilaciones y adaptaciones, lo que hizo posible la constante penetración de ideas en la ciudad y a otorgarle los rasgos de tolerancia que la han identificado (Solano 2010a:415-422).

Sobre la Arquidiócesis de Cartagena debemos decir que es una de las sedes episcopales más antiguas del nuevo mundo, y la tercera en la historia de América del Sur. Creada por Bula del papa Clemente VII el 24 de abril de 1534, recibió como su primer obispo al dominico Fray



Tomás del Toro. Por tres siglos, Cartagena, Santa Marta, Bogotá y Popayán fueron las únicas circunscripciones eclesiásticas en el territorio de la actual Colombia⁶. Desde el 8 de mayo de 1898 el italiano Pedro Adán Brioschi tomó las riendas del poder eclesiástico en Cartagena, tras haber remplazado a su compatriota Eugenio Biffi. La diócesis comandada por él y elevada a la categoría de arquidiócesis desde 1901, tenía jurisdicción eclesiástica sobre los pueblos de los hoy departamentos de Bolívar, Sucre, Córdoba y Atlántico, lo que reflejaba el amplio espacio geográfico que estaba bajo el mando espiritual del prelado. La preocupación inicial de Brioschi al llegar a la ciudad fue dotar a la diócesis de una infraestructura física necesaria para las cuestiones del culto, propósito que consiguió gracias a que poseía una especial habilidad para los negocios y las finanzas (Lemaitre 1983:506), y a que pudo contar con el aporte de sus feligreses, ya que, apenas un año después de consagrarse, impuso un primer arancel eclesiástico con el cual aumentó los derechos correspondientes a los párrocos, y fijó derechos de curia que –en sus palabras– permitieron llevar a cabo las pocas obras de progreso que se realizaron en la diócesis⁷ (Brioschi 1924:20-21).

Según Eduardo Lemaitre, Brioschi era un hombre de carácter autoritario y recio, con una visión del mundo ajena a los tiempos modernos. Tenía una mentalidad religiosa muy medieval, maniquea y extremadamente afirmativa, por lo que dejaba de lado cualquier actitud diplomática hacia sus contradictores, cuando estaba convencido que luchaba por el bien y la verdad (Lemaitre 1983:505). Esa mentalidad fuera de contexto le daba, por ejemplo, para hacer interpretaciones apocalípticas de los problemas y de los sucesos políticos del país. Sobre la extensión de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) en los departamentos de la Costa Caribe colombiana, en un documento oficial, no dudó en decir que “el pecado provoca la ira divina, y (que) casi siempre las

calamidades que afligen al hombre son un justo castigo de su maldad”⁸. En su pensamiento dogmático anidaba una actitud totalmente antimoderna que llegaba al punto de rechazar cualquier posibilidad de tolerar ideologías como las del liberalismo y la masonería; mientras defendía con el mismo empeño a los políticos conservadores que, en su parecer, representaban el partido del orden que “pretendía sostener la buena causa en todos los campos políticos, sociales y religiosos”⁹.

La vida diaria de Brioschi se manejaba entre las asistencias espirituales que normalmente le correspondían y la disposición combativa y certera con la que se introducía en los debates políticos y en los asuntos reservados para los sectores dirigentes encargados del poder civil. Con insistente frecuencia se puede encontrar a Brioschi opinando, escribiendo o predicando sobre los temas más variados de la política local, no sólo a partir de los instrumentos de comunicación propios de su oficio como las pastorales y las disposiciones eclesiásticas, sino también a partir de mecanismos modernos como la prensa, como quiera que ayudó a fortalecer *El Hebdomadario*, periódico católico fundado en 1886 y que estaba a su entera disposición para defenderse del aparente nuevo escenario anticlerical o para atacar a quienes se oponían a sus influyentes decisiones. Sus pastorales, por ejemplo, cuando lo ameritaban, eran utilizadas para atacar, desaprobar o autorizar el nombramiento de un empleado público, recomendar dirigentes conservadores de su confianza y denigrar de todo aquello que se pareciera al liberalismo, al modernismo y a la masonería. Se refería a la logia, por ejemplo, como una sociedad de hombres sin religión y como una secta impía e inmoral que le había declarado la guerra a la Iglesia y a la sociedad para revivir el paganismo¹⁰.



Excmo. Señor Pedro Adán Brioschi

Si se recurre a las acciones y determinaciones llevadas a cabo por Brioschi no es difícil hallar y demostrar su disposición para mostrarse no solo como la autoridad moral y espiritual de la ciudad, sino también como el defensor de una causa política en particular. Expidió excomuniones y censuras continuamente, como la que lanzó en marzo de 1921 contra el gobernador conservador José de Irisarri; o la presión que ejerció en el ministro de educación para que este cerrara el Colegio de la Esperanza en junio de 1922, cuando Irisarri era su rector (Posada 1987:7). En 1923 también presionó al presidente Pedro Nel Ospina para que escogiera a Enrique Arrázola como gobernador del departamento (Posada 1987:7). Incluso en mayo de 1918 se atrevió a dictar una sanción contra las autoridades departamentales, reclamando el supuesto derecho de protección que el Estado tenía frente a la Iglesia, y que se había violado a su juicio cuando el gobernador accedió a prestar los muebles del palacio de gobierno para la celebración del primer congreso masónico (Brioschi 1924:211-214).

Pero antes de estas últimas acciones descritas, Brioschi había sido desterrado durante dos años de la ciudad, porque en una prueba más de sus posiciones intransigentes, y justificándose en

el “miedo a la rapiña de los liberales”, en 1910, tomó la decisión de traspasar a una organización católica norteamericana las propiedades inmuebles de la arquidiócesis. El 10 de diciembre Cartagena fue sorprendida con la noticia divulgada por el mismo notario ante quien se había hecho el negocio. La respuesta dada por el pueblo cartagenero fue inmediata. Al respecto dijo *El Porvenir*:

... El pueblo de Cartagena se sintió estremecido de indignación en todas sus capas sociales; y en las calles, plazas, hogares y talleres, se elevó al unísono la más severa protesta. A las cuatro de la tarde grupos de *liberales* y *conservadores* recorrían las calles de la población. A las 7 de la noche, la plaza de la Catedral y calles adyacentes estaban atestadas de ciudadanos mientras que el señor Arzobispo se había refugiado en la casa del Gobernador don José María de la Vega... (Lemaitre 1983:507-508).

Los manifestantes se dirigieron desde el primer día de la protesta a la casa del gobernador y mientras agitaban consignas fue designada una comisión conformada por Luís B. Sánchez, Domingo Díaz Granados, C. Mouthon Rivera y Marceliano Jiménez, que se reunió con este para expresarle las razones del pronunciamiento popular. El gobernador respondió que se debía esperar a que se consultara con el gobierno nacional, pero una parte importante de los manifestantes siguió reunida y llegaron a lanzar guijarros al palacio arzobispal, a la espera del día siguiente. El domingo 11 aparecieron hojas sueltas y carteles que fueron pegados en las esquinas principales para convocar a una nueva jornada de protesta. Desde las tres de la tarde empezó la multitud a invadir los puntos estratégicos de la ciudad, y al tomar dirección hacia la calle del palacio arzobispal, un grupo de policías los enfrentó causando heridas a varios de los amotinados. Algunos respondieron dirigiéndose al mercado para armarse de machetes pero al final de la tarde y tras la mediación de Simón Bossa y Gabriel O’byrne se finalizó la jornada con el envío de un telegrama al presidente de la república. El día 12 más de dos mil personas, armadas algunas, comenzaron a recorrer las calles de la ciudad; de nuevo fue nombrada una comisión para interceder ante el gobernador, mientras otros dos señores, Ramón de Hoyos (Secretario de Gobierno) y Gabriel Rodríguez (Fiscal del Tribunal), se dirigieron a dialogar con el arzobispo. Al final, la comisión salió del palacio con el documento que sellaba la anulación de la venta de las propiedades firmada por Brioschi, quien, además tuvo que comprometerse, dadas las exigencias de los manifestantes, a abandonar la ciudad el 17 de diciembre¹¹ (Álvarez 2009).

3. Antiimperialismo en el estallido de las protestas

La protesta popular se inició con la noticia de la venta de los bienes y solo finalizó tres días después cuando se decidió la expulsión del arzobispo del país y la destitución del encargado de la policía que había enfrentado el motín. El consenso en la ciudad fue general, y en el levantamiento participaron el pueblo como tal y una parte importante de los dirigentes políticos locales de ambos partidos como el conservador Gabriel Eduardo O’byrne y el liberal Simón

Bossa Pereira. Fue una especie de *protesta cívica*, dado que el objetivo central de la misma estaba en resolver una situación inmediata que afectaba e identificaba a todos los habitantes del pueblo cartagenero, por lo que no se trata de una protesta en la que se puedan determinar y clasificar fácilmente los participantes o el origen político de la misma (Vega 2002:15-16). Ese levantamiento popular contra el arzobispo reunió diversos grupos sociales y distintos matices políticos. Al conocerse que las propiedades vendidas por el obispo iban a parar a manos de la sociedad norteamericana *The American Educational Union*, la voz de rechazo entre los

personajes políticos, la prensa y las gentes cartageneras fue general. Hojas sueltas y carteles circularon en las esquinas principales de la ciudad para concientizar al público sobre el peligro que representaba esa venta a una compañía yanqui. Solo habían transcurrido siete años de la pérdida de Panamá con la participación determinante de los Estados Unidos, y en el país estaba sembrado un sentimiento no solo de antipatía sino de temor y prevención hacia la política exterior de los norteamericanos. Recordemos que los norteamericanos, por lo menos desde 1898, habían demostrado su poderío como nueva fuerza imperialista en Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y en otras zonas en Centroamérica como Honduras y Nicaragua. Así que la protesta, en este sentido, puso en escena un sentimiento de patriotismo y de alerta ante la incursión de una compañía norteamericana que se apoderaba de los bienes que pertenecían al pueblo cartagenero amenazando, al tiempo, la soberanía nacional (Malkún 2009:69-90). El *Penitente* se pronunció de esta manera:

... Todo espíritu digno se sentía ofendido, toda previsión patriótica veía tras aquella venta un nuevo peligro para la soberanía nacional y todo cartagenero sentía ya sobre nuestras playas, la pisada sigilosa del chacal del Norte, *estampando su garra inmunda sobre la huella immaculada de nuestros antepasados*¹².

Sin duda alguna, el estallido espontáneo del motín encerraba directamente una postura política en contra de la amenaza estratégica del reinante imperio norteamericano, que ya había mostrado sus intenciones expansionistas en otros países de Latinoamérica. Así que el temor a la pérdida de la soberanía nacional y el ataque a los valores patrióticos de los cartageneros actuaron como elementos desencadenantes de la protesta. De esta manera fue representada en las páginas de los distintos periódicos de la ciudad, tanto en los de origen liberal como en los de origen conservador. La actitud anti-imperialista tiene raíces más hondas, arraigadas en la independencia como acto fundacional del Estado independiente y republicano, la que tuvo que hacerse contra un imperio, el español, para salir de la condición colonial. Además, a lo largo del siglo XIX buena parte del mundo occidental presenció diversos procesos de formación e institucionalización de los Estados nacionales. En consecuencia, la “soberanía nacional”, así y esta fuera una idea y realidad muy imprecisa, movilizaba a todos los estratos sociales del mundo urbano. Ello también se explica por la existencia de ciertos rituales sociales definidos como “patrióticos” por los hombres decimonónicos de la joven nación, y entendido como la practica de ciertas virtudes privadas y públicas que ligan al ciudadano a la localidad y a sus asuntos públicos. Alimentando estos elementos se encontraba el hecho coyuntural de los preparativos para la conmemoración del primer centenario de la independencia, acontecimiento que invitó a reflexionar sobre lo que había representado ese siglo para los ideales republicanos y las expectativas de los diversos grupos sociales; y este onomástico estaba muy cercano de la separación de Panamá.

4. La Iglesia Católica y la sociedad cartagenera

Con el paso de los días el levantamiento popular fue adoptando una nueva forma que iría más allá de la señalada actitud antiimperialista inicial; y como ocurre, por lo general, en este tipo de manifestaciones, en el fondo subyacían otras motivaciones que luego afloraron en la medida en que el motín avanzaba (Aguilera 1997:137-169). La protesta fue resignificándose hasta convertirse y recaer en un conjunto de reclamos y cuestionamientos hacia el arzobispo y toda su organización eclesiástica. Sólo basta con revisar las páginas de la prensa de la época y la misma

documentación oficial de la Iglesia para comprobar dicho planteamiento. Lo que en un principio fue una demostración de patriotismo del pueblo y una muestra de su capacidad para hacer valer sus derechos, se convirtió en una prueba inequívoca de la escasa capacidad hegemónica de la Iglesia en la ciudad. El motín, aunque inicialmente se había levantado en contra del representante mayor de la institución eclesiástica en Cartagena, lo que lo parecía reducirse a un mero conflicto de tipo personal¹³ (Cortés 1998:63), fue adoptando unas nuevas dimensiones en las que se comenzó a poner en tela de juicio a la Iglesia y a todas sus jerarquías, derivándose así en una protesta abiertamente anticlerical. Por estas razones, por ejemplo, el tercer día del levantamiento se atacó con puñales y machetes el edificio San Juan de Dios, sitio de residencia de los jesuitas¹⁴ (Cruz 1988:140), que al lado de gran parte del clero local gozaban de un alto grado de impopularidad y de antipatía al interior de la opinión pública (Posada 1987:7). El mismo arzobispo interpretó el levantamiento como una manifestación masónica y hostil hacia la religión y sus ministros, tras reconocer en una de sus pastorales que durante la protesta se agitaron consignas como las de ¡abajo el clero!, y ¡abajo la comunión y las sotanas!¹⁵

El elemento religioso entre los habitantes de la ciudad, tenía una particularidad especial que los diferenciaba del catolicismo tradicional de otras regiones colombianas como Antioquia, en donde al decir de Gloria Mercedes Arango, su población estuvo inmersa en una influyente mentalidad religiosa desde las postrimerías de la Independencia, en el que se controlaban todos los actos de la vida con los discursos de la Iglesia, y la institución era tan dominante que se llegaban a crear sociedades católicas en los distintos grupos sociales (Arango 1993; Arango 1991; Londoño 2004). En la Costa Caribe la situación no era similar. La debilidad política de la Iglesia era evidente y la actitud frente a las creencias religiosas estaba lejos de asemejarse a un fanatismo extremo; así que sobre muchos asuntos la voz del cura no era tomada como la “voz de Dios”. Por ello los habitantes de un barrio importante de la pujante Barranquilla, a mediados del siglo XIX, - interesados en contar con su propia parroquia- no tuvieron inconvenientes para enfrentarse abiertamente contra el arzobispo de turno, Bernardino Medina y Moreno, y provocar una especie de cisma con la institución eclesiástica (Márquez 1993). Constantemente, en distintas poblaciones del Caribe colombiano, también era usual encontrar a la comunidad o a los feligreses de una agregación rural, pronunciar un “no lo queremos”, ante la posible llegada de un cura que no llenaba sus expectativas¹⁶. El régimen de cristiandad que se había establecido con la Regeneración, y las políticas de recatolización poco habían servido para cambiar este panorama. Más si se tiene en cuenta que la modernización, la penetración de ideas liberales y el crecimiento de las ciudades, llevaba a un proceso de descristianización por efecto de los nuevos tiempos que impulsaban a privilegiar las cuestiones terrenales (Dussel 1984:190). Además, se había desarrollado una religiosidad alterna popular que sobrepasaba los patrones oficiales. En efecto, el campo católico latinoamericano ya se había diversificado, caracterizándose, incluso, a partir de una separación entre el catolicismo institucional y el catolicismo popular (Garma 2007:3).

Aunque algunos dirigentes de la protesta militaban en las logias masónicas, la participación de todo el pueblo cartagenero fue determinante. El feligrés común y corriente no permitió que se violaran sus derechos a expensas de salvar a la Iglesia de la supuesta amenaza que representaban los liberales. El levantamiento popular demostraba que el pueblo -al ver en peligro valores ganados en el pasado como la libertad, la soberanía y la dignidad-, lo recomendado tradicionalmente por la Iglesia, que hacía mayor hincapié en los elementos de sumisión, resignación, caridad y respeto a las jerarquías, era ignorado y superado por completo. En esto ayudó mucho la visión que se tenía sobre la religión y las autoridades eclesiásticas en la ciudad. Por ejemplo, uno de los periódicos editados por los artesanos (*Penitente*), días después de

los motines, hizo una comparación entre Brioschi y Biffi, su antecesor, calificando al primero como mercenario y aplaudiendo al segundo por sus cualidades humanas.

... Murió el apóstol [Biffi] y en memoria del maestro se honró al discípulo [Brioschi] – que no otros meritos autorizaban el ascenso –; pero ¡cuanta diferencia entre la bondad y la caridad evangélica del uno y la impetuosidad del otro! No, no ha sido buen discípulo quien no ha sabido imitar los ejemplos de aquel maestro. Oh! El apóstol Biffi! ¿y cómo no ha de ser buena una religión que cuenta santos como ese?¹⁷.

A la asistencia espiritual y moral, los cartageneros exigían que los sacerdotes debían sumarle un conjunto de meritos personales que los dejara ver como seres humanos preocupados por el bienestar de la comunidad. Brioschi, en cambio, pensó garantizarse el apoyo de su comunidad por el solo hecho de ayudar a mejorar la infraestructura física de la diócesis, cosa de la cual se ufanaba¹⁸. El mismo *Penitente*, dos meses antes del conflicto pueblo-obispo, hizo una descripción sobre las personas que creen en Dios.

... El que se siente hermano del pobre, del pequeño, del menor, del débil, del enfermo, del desheredado, del que sufre; todo el que se condeue de las miserias ajenas; todo el que trabaja en la mejora de los demás; todo el que obra de acuerdo con la conciencia; todo el que tiene un ideal y se entrega a él, ese, sea quien fuere, quiéralo o no lo quiera cree en Dios¹⁹.

En cambio, el clero se había desprestigiado e impopularizado entre sus fieles por las alianzas que realizó la Iglesia con los poderes políticos y económicos (Bidegain s.f.:35). El sentimiento religioso del pueblo cartagenero venía herido desde tiempo atrás por el desmedido amor al lucro que exhibía el clero extranjero en la ciudad. Y era tan real esto que un ciudadano llegó a afirmar en *El Porvenir* que los dirigentes de la religión católica fomentaban el odio entre sus seguidores por sus intenciones políticas y materiales, mientras se asombraba positivamente al hacer alusión a un discurso que había escuchado de un orador protestante²⁰. Recordemos que para esta época ya era evidente la llegada de nuevas formas religiosas evidenciadas en la constante penetración del protestantismo. El materialismo del clero llevó a otro grupo de artesanos a manifestarse sobre ellos en el primer número de uno de sus periódicos:

... Por mucho tiempo –decían- hemos sido... el escabel por donde han subido a inmerecidas alturas no pocos oportunistas que, como los falsos apóstoles de una moderna redención, predicaron las doctrinas evangélicas del Cristo e hicieron después de fariseos... No seamos más escabel de [estos]²¹.

Históricamente los artesanos habían reivindicado, más que la dimensión espiritual del catolicismo, la proyección social del cristianismo. Más que enfatizar los elementos de resignación y mantenimiento del orden establecido, los artesanos reclamaban como tradición la rebeldía de Jesús, las denuncias contra las riquezas y la vida colectiva de los primeros cristianos (Archila 1991: 91). Por eso el ebanista Pedro Collazos, en el aniversario de la Sociedad de Fraternidad Hermana de Cartagena, manifestó que la religión la constituía “la exclusiva adoración a Dios, EN ESPIRITU Y EN VERDAD, NO EN MATERIA Y EN MENTIRA” y que “su templo es el universo; su pontífice Jesucristo y sus sacerdotes todos los hombres virtuosos que enseñan la verdad y el bien, predicando y practicando el evangelio”²². La coyuntura del motín sirvió,

incluso, para que la misma prensa oficialista cartagenera llamara la atención sobre el “ser religioso”. *El Porvenir* criticó a los conservadores y los calificó como “puñado de farsantes que se esconden tras el sagrado velo de la religión de Cristo”, y reclamó que para ser católicos “hay que hacer el sacrificio de las pasiones y ajustarse a la sana moral y ser humilde, aún en medio de la opulencia”²³.

El motín comprobaba que la ciudad religiosamente pensada por la Iglesia y los regeneradores, en la que los fieles debían ser sumisos y cumplidores de sus deberes como católicos, no era una realidad. La Iglesia no dominaba el alma de sus fieles y las creencias religiosas de las gentes no significaban que se dejaran pasar las injusticias y los atropellos que se cometían contra ellos. Además, lentamente se producía una privatización de la fe y las expresiones espirituales se hacían, cada vez más, de manera individual, a pesar de que se continuara con las prácticas tradicionales de la Iglesia. El que los habitantes de la ciudad siguieran asistiendo a las misas y tomando las asistencias espirituales del clero, no impedía que pudieran continuar censurando y rechazando las acciones materialistas de la Iglesia, o que se rebelaran contra los mismos clérigos, como lo reconoció el mismo Brioschi en sus memorias:

(los hijos de Cartagena) –decía- calumnian a sus Ministros, se rebelan contra los mismos Prelados, desprecian sus consejos, se creen con derecho a rechazar también las doctrinas ortodoxas que no les agradan, se erigen en jueces de sacerdotes y obispos y censuran sus actos oficiales, sugiriéndoles peregrinas normas de conductas aún en los más delicados asuntos religiosos (Brioschi 1924:151-152).

Finalmente, tras un destierro de dos años y luego de ser reconfirmado en su silla episcopal por el papa, a pesar de que se había logrado aplazar en dos oportunidades la intención de regreso gracias a la oposición de los cartageneros, el arzobispo en 1912 pudo encargarse de nuevo de su diócesis, en medio de un recibimiento oficial por parte de los conservadores, y el profundo rechazo de los dirigentes liberales de la ciudad. Desde entonces, los ataques de la prensa liberal en contra de toda la organización eclesiástica y la misma religión católica será un tema recurrente y de primera mano al interior de las páginas de estos²⁴ (Álvarez 2009:63-84). Por su parte, aunque la gente del común podía seguir siendo fiel a sus prácticas religiosas, habían aprendido a ser vigilantes de las acciones del clero y a tener disposición para defender con recelo sus derechos patrimoniales como cartageneros. Incluso, se llegó al extremo de mirar desafiantemente hacia el pasado lejano de la iglesia local, para reclamar explicaciones y rechazar vehementemente la riqueza material acumulada por esta. Un ciudadano, al conocer que la iglesia cartagenera había heredado en ¡1609! un conjunto de propiedades inmuebles como fruto de una donación particular, en tono amenazante lanzó las siguientes preguntas:

¿Qué se han hecho? ¿Quién ha dispuesto de esos bienes? ¿A dónde han ido a parar?
¿No habrá alguna persona que de noticia de esto? Se necesita en verdad tener unas tragaderas más grandes que la boca del puente para engullirse tanta cosa. Estas cosas provocan un mitin²⁵

Conclusiones

Aunque la Iglesia Católica colombiana alcanzó un dominio institucional, que abarcó el campo moral, social y político, durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX; este tuvo diferencias notables en las distintas regiones del país. Mientras que en el sur, en las zonas

altas y el interior de la república, la institución eclesiástica pudo ejercer con pocos inconvenientes este dominio, en otras zonas, como en las del Caribe colombiano, la Iglesia tuvo que convivir con escenarios de conflictos que surgían entre esta, las autoridades civiles y la misma sociedad. Esto se demuestra en la protesta popular que se generó en Cartagena en diciembre de 1910 y que condujo finalmente a la expulsión del arzobispo Pedro Adán Brioschi.

El motín, generado por la venta de unas propiedades de la Iglesia a una compañía de Estados Unidos, inicialmente significó el rechazo del pueblo a la intromisión de los norteamericanos en la ciudad; pero luego –al mostrarse como una abierta manifestación anticlerical-, se fue convirtiendo en una forma de poner en evidencia la petición que hace la sociedad local sobre el tipo de relaciones espirituales y sociales que debía existir entre la comunidad y sus autoridades eclesiásticas. Además, esta fue la oportunidad para reflexionar sobre el ser religioso y sobre la conducta que debían guardar los agentes encargados de intermediar ante Dios. Esto realmente no era nuevo en la región. Distintos factores que hemos mencionado, como el carácter portuario de la ciudad –que le otorgaba ciertas características trasgresoras-, el sincretismo religioso, el peso de su acelerado proceso de mestizaje y de su tradición mulata, producto del componente negro llegado desde la Colonia, así como por la constante inmigración arribada durante el siglo XIX, la penetración constante de ideologías liberales en la ciudad y la presencia permanente de organizaciones masónicas; hicieron posible que, en diversas circunstancias, se presentaran relaciones conflictivas entre la sociedad y el clero local, en donde afloraba la irreverencia y el cuestionamiento hacia estos últimos. Así que, la Iglesia Católica, aunque fuerte e influyente como institución, no contaba con un dominio incuestionable al interior de la sociedad cartagenera. Todo esto también había sido producto del gran desprestigio que había alcanzado el clero por la alianza histórica que estableció con los poderes económicos y políticos.

Bibliografía

Aguilera, Mario. 1997. *Insurgencia en urbana en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil, 1893 – 1895*. Instituto Colombiano de Cultura. S.l.

Álvarez, Jairo. 2009. “Con el sombrero puesto y la pluma en la mano: prensa anticlerical en Cartagena, 1876-1912”. *El Taller de la Historia* 1(1):63-84.

Álvarez, Jairo. 2010. “Clero, pueblo y poder civil en el Caribe colombiano: entre conflictos políticos y divergencias religiosas”. *Revista Amauta* 15:55-71.

Arango, Gloria Mercedes. 1993. *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828 – 1885*. Medellín: Universidad Nacional.

Arango, Luz Gabriela. 1991. *Mujer, religión e industria*. Universidad Externado de Colombia – Medellín: Universidad de Antioquia.

Archila, Mauricio. 1991. *Cultura e identidad obrera, 1910 – 1945*. Bogotá: Cinep.

Bidegain, Ana María. S.f. *Iglesia, pueblo y política. Un estudio de conflicto de intereses en Colombia, 1930 – 1955*. Bogotá: Universidad Nacional.

Brioschi, Pedro Adán. 1924. *Veinticinco años de episcopado*. Cartagena: Tip. de San Pedro Claver.

Carnicelli, Américo. 1975. *Historia de la masonería colombiana, 1833 – 1940*. Tomo I. Bogotá.

Cortes, José David. 1998. *Curas y políticos. Mentalidad religiosa e intransigencia en la Diócesis de Tunja, 1881 – 1918*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Cruz, Rafael. 1998. “El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX”. *Historia Social* 31:137-152.

----- (Ed.). 1997. *El anticlericalismo*. Madrid: Editorial Marcia Pons.

Dussel, Enrique. 1984. *Historia de la iglesia en América Latina*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Garma Navarro, Carlos. 2007. “Diversidad religiosa y políticas públicas en América Latina”, *Revista Cultura y Religión*, Vol. 1. N°1, pp. 48-61 http://www.revistaculturayreligion.cl/articulos/vol_1_n1/vol1_n1_2007_marzo_05_carlos_garma.pdf (Consulta: 2 de marzo de 2012)

Guerra, Francois – Xavier. 1992. *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Editorial MAPFRE.

González, Fernán. 1989. “La Iglesia y el Estado colombiano, 1886 – 1930”. En: *Nueva Historia de Colombia*. Tomo 2. Planeta. Bogotá.

-----1997. *Poderes enfrentados*. Bogotá: Cinep.

Haddox, Benjamín. 1965. *Sociedad y religión en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo – Universidad Nacional.

Herrera, Marta. 2007. *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*. Medellín: Editorial La Carreta.

Jaramillo, Ernesto. 1996. “Perfiles anticlericales en manifestaciones y costumbres religiosas de Mompóx (1876 – 1982)”. *Boletín historial* 27–28:55 – 112.

Lemaitre, Eduardo. 1983. *Historia general de Cartagena*. Tomo IV. Bogotá: Banco de la República.

Londoño, Patricia. 2004. *Religión, Cultura y Sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia, 1850-1930*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Lynch, John. 1991. “La Iglesia católica en América latina, 1830 – 1930”. En: *Historia de América Latina*. Tomo 8. Barcelona: Crítica.

Malkún, William. 2009. “Las pequeñas tradiciones: antiimperialismo y cultura popular en Cartagena, 1900-1920”. *Cuadernos de Historia* 31:69-90.

Márquez, María del Carmen. 1993. “La parroquia de San Roque. Conflicto entre el pueblo roqueño y el obispo de Cartagena”. *Huellas*: 59-66.

Medina, Medófilo. 1984. *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX*. Bogotá: Ediciones Aurora.

_____. 1989. “Los terceros partidos en Colombia, 1900 - 1960”. En: *Nueva Historia de Colombia*. Vol. II. Bogotá: Planeta.

Múnera, Alfonso. 1998. *El fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1821*. Bogotá: El Áncora Editores.

Plan Arquidiocesano de Pastoral, 2005-2015. 2004. Arquidiócesis de Cartagena, Cartagena. 2004. En: http://www.arquicartagenadeindias.org/doc_pdf/PAP.pdf (Consulta: 8 de marzo de 2012).

Posada, Eduardo. 1987. “Iglesia y política en la Costa Atlántica”. *Huellas* 19:5-8.

Santos, Adriana. 2002. “La prensa católica en el Estado soberano del Magdalena: guerra de palabras y pedagogía política”. *El Taller de la Historia* 2:85- 100.

Serrano, Sol. 2000. “La estrategia conservadora en la consolidación del orden liberal en Chile, 1860 – 1890”. Pp.121 – 154 en *Constitucionalismo y orden liberal. América Latina, 1850 – 1920*, coordinado por Marcello Carmagnani. Torino: Otto editore.

_____. 2008. *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Solano, Sergio. 2010a. “Un problema de escala: la configuración social del puerto en las ciudades del Caribe colombiano (1850-1930)” Pp.398-441 en: Jorge Elías Caro y Antonino Vidal (Eds.), *Ciudades portuarias en la gran cuenca del Caribe. Visión histórica*. Universidad del Magdalena-Universidad del Norte. Barranquilla. pp. 398 - 441.

_____. 2010b. “Del ‘antilatfundismo sociológico’ al revisionismo historiográfico. La ganadería en la historiografía sobre la región Caribe colombiana”. *Mundo Agrario* 10 (20):1-38.

Vega, Renán. 1998. “Sotanas, candidatos y petrodólares. La caída de la República conservadora vista por un diplomático francés”. *Boletín cultural y bibliográfico* 35 (48):18- 35.

_____. 2002. *Gente muy rebelde, 3. Mujeres, artesanas y protestas cívicas*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.

Zanatta, Loris. 2000. “De la libertad de culto ‘posible’ a la libertad de culto ‘verdadera’. El catolicismo en la formación del mito nacional argentino, 1880 – 1910”. Pp. 155-199
Constitucionalismo y orden liberal. América Latina, 1850 – 1920, coordinado por Marcello Carmagnani. Torino: OttoEditore

¹ Historiador y Magíster en Historia por la Universidad de Cartagena - Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja. Trabaja como docente del Programa de Historia de la Universidad de Cartagena. Investiga sobre la relación entre política, guerras civiles e Iglesia en el Caribe colombiano, siglo XIX. Es miembro del grupo de investigación *Frontera, Sociedad y Cultura en el Caribe y Latinoamérica*

(Reconocido en Categoría A-1 por Colciencias, 2010). Y miembro fundador del comité editorial de *Trenzando, Revista Cultural del Caribe colombiano* (Cartagena). Entre sus últimos artículos publicados se encuentra “El retorno de la política: la “Nueva” Historia política sobre el Caribe colombiano en el siglo XIX. Tendencias, rumbos y perspectivas”, en: José Polo Acuña y Sergio Paolo Solano (Eds.) *Historia Social del Caribe colombiano, Territorios, indígenas, trabajadores, cultura, memoria e historia*, Medellín, La Carreta Editores-Universidad de Cartagena, 2011. pp. 239-272 (En coautoría con Roicer Flórez Bolívar).

² La arquitectura religiosa de la ciudad, principalmente en su centro histórico, se encuentra representada en La Catedral, la Iglesia de San Pedro Claver, los Templos Parroquiales de Santo Toribio y la Santísima Trinidad; los Oratorios y Capillas de San Roque y Nuestra Señora de la Amargura; los Templos y Conventos de la Orden Tercera de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, La Merced, Santa Clara, Santa Teresa, y el Monasterio de la Popa; los Colegios de la Compañía de Jesús y de San Carlos Borromeo, los Hospitales de La Obra Pía, San Juan de Dios y el Leprosorio de San Lázaro y, por último, el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.

³ Aquí entendemos por *anticlericalismo* no el afán de acabar o atacar violentamente al clero, sino la intención de reducir su influencia en las cuestiones políticas y del Estado, debido al desprestigio en que lentamente se vieron envueltas las autoridades de la Iglesia colombiana por sus incursiones en la vida política del país y por el interés materialista que cultivaron durante el siglo XIX.

⁴ La masonería tuvo en Cartagena uno de los lugares más importantes de Colombia para el desarrollo de sus organizaciones durante todo el siglo XIX, hasta el punto que se llegaron a crear logías femeninas y escuelas sustentadas en sus ideales de liberalismo, laicismo y tolerancia.

⁵ *Fuente del Mapa*: Solano, Sergio. 2010b. “Del ‘antilatfundismo sociológico’ al revisionismo historiográfico. La ganadería en la historiografía sobre la región Caribe colombiana”. En: *Mundo Agrario*, Vol. 10, N° 20. Universidad Nacional de la Plata, La Plata. p. 5

⁶ *Plan Arquidiocesano de Pastoral*, 2005-2015. 2004. Cartagena, Arquidiócesis de Cartagena. p. 13, en: http://www.arquicartagenadeindias.org/doc_pdf/PAP.pdf (Consulta: 21 de marzo de 2012)

⁷ Sobre la instauración de este arancel, Brioschi dice que esto provocó en la ciudad un conjunto de murmuraciones, ataques y rechazos, que incluyeron insinuaciones para que los fieles prescindieran de los servicios del clero. En *El Porvenir* se dice que se aumentó en un 50% el valor de los servicios espirituales; que incluía alzas en las ceremonias religiosas para matrimonios, entierros y misas comunes. El periódico no estuvo de acuerdo con la medida. Biblioteca Bartolomé Calvo (BBC), *El Porvenir*, abril 12 de 1899

⁸ Archivo Eclesiástico de Cartagena (AEC), Documento Oficial N° 33, Cartagena, 27 de noviembre de 1901.

⁹ AEC. Pastorales. Doc. Of. N° 23. 8 de mayo de 1903

¹⁰ AEC. Pastorales. “La masonería”. Doc. Of. N° 119

¹¹ Archivo Histórico de Cartagena (AHC), *Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910.

¹² AHC, *Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910. Cursivas nuestras.

¹³ Según José David Cortés, el anticlericalismo en Colombia no toda las veces era una verdadera cacería de clérigos porque en muchas oportunidades se reducía a meros conflictos personales.

¹⁴ BBC. *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 22 de 1910; Rafael Cruz define, para la España del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX, al *motín anticlerical* como un conjunto de acciones rígidas y violentas que persiguen sobretodo el saqueo y la destrucción de escenarios religiosos.

¹⁵ AEC. *Pastorales*. Doc. Of. N° 94. 1910. BBC, *Penitente*, Cartagena, junio 26 de 1910

¹⁶ AHC, *Gaceta de Bolívar*, Cartagena, marzo 22 y agosto 27 de 1868.

¹⁷ AHC. *Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910

¹⁸ Brioschi reclamaba como obra personal el hecho de lograr construir y reconstruir los edificios de la Iglesia. Sin embargo al respecto un cartagenero le respondió diciéndole que en la construcción del convento San Juan de Dios los dineros tuvieron variada procedencia. BBC. *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 23 de 1910

¹⁹ AHC. *Penitente*, Cartagena, octubre 9 de 1910

²⁰ BBC. *El Porvenir*, Cartagena, marzo 1 de 1911

²¹ AHC. *Voz del pueblo*, Cartagena, febrero 3 de 1911

²² AHC. *Voz del pueblo*, Cartagena, abril 5 de 1911. Las mayúsculas en el original

²³ BBC. *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 24 de 1910

²⁴ Cuando en 1912 llega el arzobispo a la dirección de la Iglesia cartagenera por segunda vez, se crean simultáneamente en la ciudad dos periódicos liberales (*El Autonomista* y *Rojo y Negro*), que abiertamente pregonaban ser anticlericales, anticatólicos y ateos.

²⁵ BBC, *El Porvenir*, Cartagena, 5 de diciembre de 1910